

El Amigo del Pobre

Publicación decenal, con Censura Eclesiástica

FRANQUEO
CONCERTADO

«Este precepto os doy: que os améis los unos á los otros como yo os he amado.»
(Jesucristo á sus discípulos).

FRANQUEO
CONCERTADO

CUENTO DE CHICOS (VALE PARA GRANDES)

Aquel maldito chiquillo sacaba al negocio de sus dolencias un interés como no había soñado en sacar ninguno de estos diminutos logrerros. Verdad es también que era él sólo en la casa á explotar semejante industria.

Era Pedrín nada menos que lo indispensable enfermizo para justificar el tremendo mimo con que se le cuidaba, y lo bastante fuerte para poder gozar, *plus minusve* como los demás chicos, de los encantos de la vida. Así es que, estaba como suele decirse, mejor que quería.

Esta indisposición que ahora le tenía en la cama era nada entre dos platos. En el chico de la portera se hubiera dicho que era un constipado: aquí arriba, en el piso principal, llegaba á duras penas á una ligera bronquitis.

Pero ¡lo mañoso que él estaba! De los mejores colaboradores que en estas empresas tenía, era el cariñoso y el débil y vacilante carácter de su madre, sin que fuera tampoco indispensable la sublime indiferencia del papá, que, con tal de no tener que hacerse violencia alguna en su atropellada y estéril vida, todo lo encontraba bueno.

El único adversario con que los caprichos del niño mimado tenían á veces que entenderse, era su tía abuela doña Eufrasia, dama de gran entereza y respeto, en quien la sencillez y el buen sentido solían tomar, para expresarse, un aire brusco y desapacible así como por el feroz egoísmo del padre tomaba á menudo la expresión de cariñosa condescendencia. ¡Cuán frecuentes son en la comedia humana estos desplantes de mal actor!

Con la tía, como la dejaran á solas con él, no le valían al chiquillo llantos ni rabietas; se hacía lo que debía hacerse, ya con repique de azotes, ya sin él. Pero entraba en el cuarto la madre, á quien se le partía el alma con los lamentos de su hijo, ó el padre, á quien la posible agravación del enfermito podía obligar á no salir de casa aquella noche, y la tía,

por no hacer extensivos á toda la familia los azotes, abandonaba á prisa el gabinete y se refugiaba en el suyo.

Durante esta enfermedad que cuento, y que apenas lo era, el angelito se estaba despachando á su gusto.

—Quiero un tambor—dijo por la mañana—y antes de cinco minutos ¡rataplán! el tambor sobre la cama.—No quiero tambor, quiero un caballo.

—Vino el caballo, ensillado y todo; no más que ensillarle. Poco después quiso soldados, y á los pocos momentos formaba sobre una tabla, puesta encima de la cama, medio batallón de infantes y más de cincuenta caballeros... Los tiró todos de una pernada, y dijo que lo que él quería era una guerra ruso-japonesa. Este sí que era conflicto, pero Manolito, un chico grande de la vecindad, que había entrado á ver al enfermo, tuvo una idea salvadora: á la mitad de los soldados que yacían en el suelo, les pintó la cara de amarillo y los hizo japoneses; á la otra mitad les pintó barbas, y fueron rusos.

Esta guerra simulada se acabó enseguida; y sucesivamente fué pidiendo el tirano un rompecabezas, una colección de *postales*, un perro sentado que aplicándole un fósforo comería una inconveniencia, un cerdo que se inflaba y luego se desinflaba pitando y se moría... Todo le fué servido inmediatamente. Hasta que por fin dijo gritando.

—¡Yo quiero una cosa que no haya!

Consternación general. El padre, que acababa de llegar del casino y tenía que ir enseguida al teatro, quedó aterrado. La madre se dió á discurrir: —¡todo les parece posible!—á costa de qué sacrificio se podría encontrar lo que Pedrín quería.

Más en esto entró doña Eufrasia, que había oído el alboroto, y se enteró del caso. ¡Qué gesto puso; irguió luego su descarnada cabeza de vieja limpia, desmontó lentamente de su nariz las gafas con que había estado leyendo en su devocionario; las guardó en la caja, la caja en el bolsillo, y dijo pausadamente:

—Vaya: se acabaron en esta casa las tonterías. Recoge todo eso y llévalo a mi habitación—añadió, señalando á los juguetes y dirigiéndose á la doncella, que, cumpliendo la orden, desapareció del cuarto. Después se volvió á los otros:—Cuando haya pasado ocho días sucesivos pidiendo el tambor, se pensará si ha de dársele el tambor. Sí á su padre no se lo hubiesen dado de niño, y de grande, todos los juguetes en cuanto los pedía, no se vería ahora triste, lacio, condenado á no reposar, y á lo más atroz á que puede condenarse á una criatura: á estarse siempre divitiendo. ¡Tú también quieres, como tu hijo, una cosa que no haya!

—¡Cierto! murmuró el padre bajando la marchita cabeza.

—Pues, bien; yo no sé si tú puedes tener remedio todavía, pero yo o juro que este chico lo tiene y que yo he de curarle. Yo os aseguro que para cuando este chico vuelva á poseer una caja de soldados, los ha de haber deseado tanto que luego no se hastie de ellos; cuando parezca que esto va á suceder, yo se los formaré de otro modo y le enseñaré, si Dios me dá vida, cuánto le pueden divertir todavía... ¡No: yo no consentiré que, siendo tan hermosas las cosas que hay, las que Dios ha hecho, vuelva jamás vuestro hijo á pedir una cosa que no haya!

ENRIQUE MENENDEZ PELAYO.

CONVERSIONES AL CATOLICISMO

La Correspondencia Romana da cuenta de la conversión de numerosos protestantes en los Estados Unidos.

Entre las más recientes conversiones, cita las de las siguientes notabilidades:

El Obispo protestante de Oregon, con su mujer y sus nueve hijos.

El director de los caminos de hierro del Pacífico Mr. Marsehal, rector de la Iglesia presbiteriana de Avanststar.

El helenista Wissh, profesor de la Universidad de Colombia.

Mr. Hall, presidente de la Asociación de la prensa de Chicago; y

La hija del almirante Virde. Ascienden á varios centenares las conversiones que en aquella nación se verifican todos los años.

Es el espectáculo de todos los siglos. Cristo levantado en la Cruz atrae á sí todas las cosas. La Iglesia por El fundada, siempre vigorosa, siempre joven y siempre fecunda, es la constante bienhechora del linaje humano, la luz de los entendimientos que la buscan y el imán perpétuo de las almas rectas.

EL CURA DE LA ALDEA

Soy un hombre sin familia
A quien todas pertenecen
Que busca á los que padecen,
Que sus males reconcilia.
A cuyos piés los cristianos
Depositán sin recelo,
Con lágrimas de consuelo,
Sus más ocultos arcanos.
Soy la humana providencia
Que consuela al pecador,
El único mediador
Del poder y la indigencia.
El hombre cuyos consejos
Raudales son de cariño,
El que enseña el bien al niño,
La eternidad á los viejos.
Un hombre á quien nunca olvida
Ni el rico ni el pordiosero
De tener por compañero
En las penas de su vida.
Un ser que al mundo ha venido
A calmar el sufrimiento,
A dar su pan al hambriento
Y su hogar al desvalido.
El que vino aquí á sufrir
Y á endulzar tu padecer,
El que bautiza al nacer,
El que bendice al morir.
El que pregona la fe
De una religión divina,
Ante el cual, la frente inclina
El que culpable se vé.
El que va del bien en pos
Sin mirar clase ni nombre,
El que en el mundo del hombre
Es un destello de Dios.
Un ser á quien sin razón
Hiciste el pecho pedazos,
Pero que te abre los brazos
Para pedirte perdón.

Comentario

Y por ser así tan bueno
El pobre Cura de Aldea,
El gobierno no le paga
Lo que en justicia le adeuda,
Y para mayor escarnio
Y mas inhumanidad,
Quiere que se muera de hambre...
¡Con lo poco que le da!

CHARLA

—¡Muy bien, muy bien! Le doy á V. mi más cumplida enhorabuena por las reformas que va introduciendo en este papelito que á mí tanto me gusta, como á muchos de mis compañeros de trabajo, aunque no son beatones. De modo que el negocio ¿va viento en popa?

—El negocio de la propaganda santa y saludable, sí.

—¿Y el otro?...

—¿Cuál?

—Pero V. ¿no percibe nada por el trabajo?

—¡Sí, hombre, sí... una satisfacción grandísima de ver cómo se propaga EL AMIGO DEL POBRE y lo bien que se le recibe en todas partes.

—¡Caramba qué mal me entiende ó qué mal me explico; ¿V. cobra algo por todo este tinglao?

—¿Cobrar?... Pero es que las obras buenas no han de hacerse sino por el vil interés?

—Todo pudiera compaginarse....

—Pues has de saber que ni un céntimo percibo por este trabajo, que llevo con gusto, si no es aumento de ocupaciones y que no otra cosa deseo que la recompensa que Dios ha prometido á los que laboren en su santo servicio; esa es la mejor de todas las recompensas.

—Vuelvo á felicitarle y, ¡oigame! Siendo de tanto gusto en V. esto del periódico, ¿cómo no hace semanal "El Amigo del Pobre"? No sabe V. lo que agradecería, especialmente á nosotros los obreros, tenerlo en casa todos los domingos, días en que mas dispuestos estamos á leer cuanto se presente.

—Poco faltó para que desde 1.º de año no fuese ya semanal este papelito. Mas de un ofrecimiento he tenido á costear el exceso de gastos que la reforma ocasionase, pero como no me parece prudente que esta variación dependa solo de una voluntad, que mañana pudiera faltarme y tener yo que retroceder lo que sería de mal efecto, y si que la mejora sea debida al estado general de las suscripciones, de ahí que no haya aceptado, aunque agradeciéndolo en extremo.

—Por mi parte he de trabajar lo posible para que los suscriptores sean cada vez mas.

—Dios te lo pagará mejor que yo, en razon á la causa por que trabajas.

—Ahora vamos á otra cosa. ¿V. ha leído lo que hace ya días traían los periódicos liberales de Madrid y los otros iguales de provincias de lo del convento de las Trinitarias? ¡Qué escándalo!

—Sí, que escándalo que tales calumnias se consientan!

—¿Pero no fué verdad?

—¡No! Todo eso de la monja maltratada y demás, es falso en absoluto. En el Convento de las Trinitarias de Madrid son acogidas y tratadas con dulzura cristiana las jóvenes extrañadas que han tenido la desventura de manchar su honradez y dilapidar el tesoro de su virtud. ¿Qué tiene de extraño que alguna de estas desgraciadas después de una vida escandalosa y poseída de hábitos nada edificantes y sin pizca de educación intelectual ni cristiana haga alguna de las suyas? Pues de esto se trata, de una de esas infortunadas alocada y atolondrada y de pésimos antecedentes que al intentar una escapatoria en vez de caer en blanco (en el colchon ó colchones por ella dispuestos para neutralizar el golpe) erró el cálculo y se lastimó.

Las comprobaciones judiciales y declaraciones de la interesada así lo han demostrado.

—¿Habraése visto los canallas!.. ¿Y eso de la Hermana de San Vicente que se fugó no sé con quién?

—Calumnia también, comprobada por el mismo director del establecimiento y por la misma Hermana que sigue muy pacífica presentando sus caritativos auxilios á los desgraciados.

—Y lo que traía «El País»....

—¡Buen pájaro me citas!

... de que unas monjas se habían vengado de un cura y que éste había sido apaleado en el púlpito cuando predicaba?

—Toma, lee eso:

Para deshacer embustes

Muy señor mio y estimado amigo; esta mañana me ha proporcionado un amigo un número del periódico de Madrid *El País*, correspondiente al jueves 28 del próximo pasado mes; lo cogí con la conveniente circunspección y reserva, y leí en él el telegrama que copiado á la letra dice así:

“La venganza de unas monjas”.

Un cura apaleado en el púlpito

(POR TELEGRAFO)

Entre gente de Iglesia.—Malas pagadoras.—Aprovechando la ocasión.—Los vengadores.

Sevilla 27. (9 n.)

En Cantillana, pueblo de esta provincia contiguo á Sevilla, hundiése hace días parte del Convento de las Monjas Asuncionistas. Las monjas entonces trasladáronse á la Iglesia mediante el pago de cierta cantidad convenida con el Cura.

Pagaron la cantidad estipulada durante los días que duró la novena.

Después resistiéronse á marcharse de la Iglesia y al pago de lo convenido.

El Cura abroncado por el proceder de las ladinas monjas, aprovechó la ocasión en que la Iglesia se hallaba concurridísima de fieles para predicar contra las Asuncionistas.

Los beatos instigados por las monjas subieron al púlpito y propinaron al Cura predicador una soberana paliza.

El escándalo fué fenomenal.

En tanto que los apaleadores ejercían la venganza de las monjas, éstas ayudadas por las beatas increpaban al Cura y arengaban á los que le zurraban.

El hecho es aquí comentadísimo.

Tan escandaloso fué que no ha sido posible á los clericales sustraerlo á la publicidad.

«Madera».

Ante todo, y como yo sé que usted se interesa muy de veras por mi salud, cosa que yo le agradezco en el alma, debo advertirle que me encuentro disfrutando, gracias á Dios, de una muy completa, sin que haya sufrido detrimento alguno ni mis huesos ni mis carnes ni siquiera mi epidermis.

A no ser porque ya sabemos cómo las gasta *El País* en cuanto á curas se refiere, y sobre todo á frailes y monjas, yo me detendría un poco en desbaratar tanto embuste como en el telegrama se contiene, quo ni de intento (y lo habrá habido malo) pudieran escribirse más.

Aquí jamás hubo comunidad Religiosa ni de la Asunción ni de otro nombre.

No se ¡ha hundido el convento porque no existía ni existe.

No ha habido ni trato convencional de pagos, ni negativa á ellos; ni cura en el púlpito ni nada absolutamente de lo telegrafado.

De esa manera se miente y de ese modo se

engaña á los lectores de *El País* y así se juega con la opinión.

Añada usted á esta carta cuanto le sugiera su fecundo ingenio, y sabe que siempre le estima su atento amigo y Capellán q. b. s. m.,

PEDRO DANIEL GALLARDO

(De *La Reconquista* de Sevilla)

—Mire V., si á toda esa gandalla de periódicos calumniadores y de periodistas peores que el *Pernales* los mandasen á donde no se vuelve mas... mi patria se regeneraba en 24 horas.

—No vas descaminado, pero no pequeña responsabilidad cabe también á los que con su dinero cooperan á la consecución de tales delitos.

Esa gente de Iglesia...

En la calle:

—Ahí van un par de monjas...

—Buenos pajarracos: y mira... van con la cabeza alta... deberían ir con la vista recogida...

—Mira, allá va otro par...; y estas van con la vista baja.

• Pura hipocresía y fingimiento.

En el café:

—El vegetarianismo es un gran progreso: el comer sólo vegetales da robustez al cuerpo y actividad al cerebro. Ahí tiene V. á Edisson; es vegetarianista, y ya ve V. qué maravilloso talento.

—Los frailes trapenses también comen solamente vegetales.

—Eso es ir contra la naturaleza... eso es un suicidio lento... no debiera consentirse.

En casa de D.^a Simplicia:

—Acabo de ver á Juanita, y siempre con su vestido tan modesto.

—Esa beata es muy ridícula en su manera de vestir. No sé por qué el ser de iglesia le ha de impedir la elegancia. Esto hace odiosa la Religión.

—Pero en cambio ahí tiene V. á Dolores; esa es bien devota y viste con gusto.

—Para ser de iglesia es muy presumida. Las devotas deberían vestir muy modestamente, así como las monjas. Con esos lujos hacen antipática la Religión.

De paseo:

—No señor, no quiero que mi hijo vaya con Jiménez y con Rodríguez. Son dos jóvenes depravados que lo van á pervertir. Se lo he prohibido terminantemente.

—En efecto, las malas compañías corrompen á muchos jóvenes. Anteayer oí á D. Jacinto, el de las Conferencias cómo advertía á su sobrino que se apartara de la compañía de Pepe.

—Esos devotos son muy déspotas. No hay que exagerar: á los jóvenes hay

que dejarles con cierta libertad, porque si no se vuelven hipócritas.

—Pero no me acaba V. de decir...

—Adios, que se me hizo tarde...

De tertulia:

—Realmente esa familia pasa una miseria atroz: yo no sé para qué sirven tantas Asociaciones. ¿Por qué no van esos de las Conferencias de San Vicente de Paúl?

—¡Pero si ya van! Lo sé por el mismo D. Agustín.

—Sí, pero ¿sabe V. á lo que van? A introducirse en el seno de las familias para predicar la Religión. Yo les prohibiría que fuesen.

Moraleja.—Todo lo que haga la gente de iglesia, forzosamente ha de ser mal hecho en concepto de los desprecupados.

Pedro Buxareu.

TODO SE PAGA...

ACTO I

Bajo el blanco busto de la República, el Presidente del Consejo se puso á hablar.

Era un vejete rechoncho y de muy mal genio, en cuya mirada brillaba la rabia y el rencor; ocupaba sus manos temblorosas de abultadas venas, jugando con el corta papel.

—Señores, dijo con voz más temblorosa que el balido de un cabrito; hablo claro y digo que lo mejor es enviar al cuerno los rancios tratados que tenemos con Roma.

No veo yo por qué una nación fuerte y poderosa como es Francia, ha de ir con tantos miramientos y ponerse guantes de seda para hablar con no sé qué Papa perdido y olvidado en un cuartucho del Vaticano...

—Si fuera como antaño, en tiempo de Julio II que era una potencia de primer orden, pero ahora!

¿Tiene ejércitos poderosos?

¿Tiene escuadras formidables?

¿Tiene cañones?

¿Tiene bancas y créditos?

—No tiene nada de eso! Está abandonado como Job en el estercolero. Las circunstancias nos le han entregado, y la ocasión no tiene más que un cabello!

—Aprovechemos la ocasión!

—Pero el Papa tiene derechos, dijo un pobre y endeble senador.

—¡Que se los guarde! ¿Para qué vale el derecho cuando tras él no está la fuerza material que es la única que puede hacerle respetar?

—En la política no hay justicia que valga, sólo se miran los intereses!

El interés de la Francia laica es poner al Papa fuera de su vida social, de

cortar los lazos que la unen con Roma...

Hagamos la separación sin contar con el Papa, sin hablarle siquiera.

—¡Para nosotros ya no hay Papa!...

ACTO II

Algunas semanas más tarde... y también en el Consejo de ministros.

Solo que esta vez no se celebra en París sino en Berlín, en el Palacio imperial.

Allí están en torno del Kaiser, el canciller del Imperio, los miembros del Gabinete y el Capitan general del ejército.

Escuchan todos con mucha atención y gravedad...

El emperador de retorcidos y enderezados bigotes habla recio y claro, es su voz como espada de dos filos.

—Señores... Vosotros que conocéis el alcance y los límites de mi íntima intención, sabéis cuántas ganas tengo de enviar al cuerno las rancias convenciones en que se fian los vecinos.

No veo yo por qué un pueblo formal y poderoso como es Alemania, ha de tomar guantes para hablar á esa señoritilla que se llama Francia y al presidente de quita y pon que le sirve de lazarillo.

—Si fuera como antaño, en tiempo de Luis XIV cuando era una gran potencia... ¡pero ahora!... ved qué facha tiene, qué tonta y qué casquivana es, qué desprestigiada y arruinada está.

Por cada francés que nace, ven la luz catorce alemanes...

Francia puede levantar un ejército de dos millones de combatientes, ya lo sé; pero ese ejército está dividido y esparcido... y no quiero hablar de los regimientos que tirarán las primeras á la cabeza de los jefes.

En Alemania, con que mueva el dedo meñique surgen del suelo treinta y cinco millones de soldados bien vestidos y calzados y unidos como los cinco dedos de la mano, que con la espada desenvainada y sin par bizzarria pelean por «Lie Wacht am Rhein!»

Somos los más fuertes.

—La ocasión pende de un cabello!

—Aprovechemos la ocasión!

—Pero Francia tiene derechos incontrastables en Marruecos—dijo en el Reichstag no sé qué senador tartamudo.

—A nosotros ¿qué nos importa? ¿De qué sirve el derecho, si tras él no está la fuerza material, que es la única que puede hacerle respetar?

Para la política no hay justicia que valga; sólo mira los intereses.

El interés de Alemania es pisotear y aplastar á Francia...; hacer ver al universo mundo que ya no es lo que aparenta, que es cualquier cosa, un pueblo que ha de sufrir burlas y empujones á diario; que se cura los chin-

chones y cardenales con la forzada son-
risa que tanto divierte al público de las
galerías.

¡Para nosotros, Francia no existe
ya!

ACTO III

Pío X recibió en su cárcel del Vati-
cano la provocación de las logias fran-
cesas.

¡La leyó y la meditó ante el Cruci-
fijo!

Levantóse luego... y sintiendo algo
como la fortaleza de Dios, promulgó su
inapelable respuesta «non possumus»
al pueblo frances.

Desde entonces, de pie y con firme-
za, estribado en los eternos principios
de su santa y universal política, aguar-
da sin temor ni provocación la victoria
de mañana, como sus predecesores es-
peraron y obtuvieron las de ayer.

También la Francia atea recibe las
provocaciones de Alemania.

—Mas no responde!

Se contenta con hacer monadas y za-
lamerías en torno del imperioso Kai-
ser.

Y como sabe que todos la miran
con despreciativa piedad: ¡En qué ha
venido á parar tan poderosa y magna-
nima nación..

El admirable y noble pueblo de
Juana de Arco, de Luis XIV y de Na-
poleón, se quita el masonico mandil
para taparse con él las señales que en
salva la parte le dejan de continuo las
botas imperiales.

¡Es la misma moneda que echó al
Papa!

¡Es la dura respuesta de Dios!

¡Ay, patria mía de mi corazón!

Pierre L' Ermite

No se hace justicia
al obrero

Después de la revolución de Junio de 1848,
un público numeroso, asistía á una reunión en
un barrio de París. Un orador había intentado
hablar de paz y de conciliación. Las vocifera-
ciones del auditorio indignado cubrían su voz.

Brucker, recientemente convertido, tomó la
palabra, y con voz de trueno dijo: «No se ha-
ce justicia al Obrero» El auditorio quedó pe-
trificado; el silencio fué completo.

Brucker prosiguió: «Oigo quejas, y con ra-
zón. Si; el verdadero Obrero no es tratado
como merece, no se le hace justicia, se le des-
precia, y ese gran Obrero es el autor de todo
lo que goza la opulenta energía de los ricos.
¿Qué; de todo lo que existe, no ha salido de
las manos de este obrero, que tiene todo el
trabajo y que, sin embargo, es olvidado y
despreciado?»

Una triple salva de aplausos siguió á estas
palabras.

«No aplaudáis tan pronto, continuó Bru-
cker; no hay más que un solo y verdadero
Obrero, el que ha hecho á todos los otros:
este es Dios. Nosotros no hacemos sino co-
piar sus obras; El ha criado la tierra, el sol
que ilumina. El ha formado el cuerpo huma-
no, la más bella de todas las estatuas, que
piensan y vive. El es quien ha creado los ár-
boles y las plantas, el aire que respiramos y
la chispa de fuego que nos calienta

«Y vosotros pretendéis ser los grandes
obrerros, los verdaderos trabajadores, porque
habeis cultivado la tierra, sembrando, y des-
pués... cesado en vuestras faenas?»

«No, el gran trabajador es el que cada año
durante trescientos sesenta y cinco días hace
brillar el sol y caer la lluvia. Decidme, ¿le
dais vosotros, que os quejais de las injusti-
cias que os hacen, lo poco que El os pide?
Por salario pide una oración por la mañana;
el reposo y la Misa del Domingo, ¿se lo dais?
Os quejais y teneis razón ¿Y que dirá El? El
Obrero infatigable que trabaja para voso-
tros día y noche ¿ No es El el que os sumi-
nistra la leña, el pan, el vestido, las fuerzas
y la vida? Y sin embargo, cuando el domi-
go llega y os pide que le imploreis, que to-
méis reposo, se lo rehusais, le retenais su
salario y exclamais: «No te conozco, no te
daré sino blasfemias.»

«Y os quejais que os explotan!
¿Quién os ha tratado jamás tan mal como tra-
tais á Dios? Veamos, pues; ¿sus derechos no
valen tanto como los vuestros? Si; vuestro sa-
lario es una deuda sagrada y sois dignos de
toda consideración, pero comenzad á tratar á
Dios, el primero de los obreros como queréis
ser tratados: entonces podréis levantar la voz
con toda justicia, y Dios bendecirá vuestras
reclamaciones.

La sala resonó con aplausos frenéticos.

Este episodio, que extractamos del *Calenda-
rio Mensual*, excelente revista hispano-ameri-
cana de los Padres Agustinos de Nueva York,
es oportuno, elocuente y digno de ser propa-
gado entre las clases obreras.

Sección Recreativa

Lectores, muy buenos días
y muy buenas Pascuas tengan,
y muy buena entrada de año,
y además buenas pesetas,
y que les pase, deseo,
lo que le pasó á mi abuela
que no se murió de mal
sino que murió de vieja.

Fuerte aldabonazo,
—¿Quién llama?
—Veníamos por el aguinaldo
—No está en casa.

Tilin... tilin...
—¿Quién?
—Somos los bomberos...
—¡Ay, Dios mío! Micaela, Micaela, avisa
al señor que hay fuego en casa.
—No se asuste V., señora, es que venimos
á felicitarles las Pascuas y de paso... pues
á ver si tienen á bien darnos el aguinaldo.
—Vayan ustedes á la porra. ¡Caramba con
los hombres estos y qué susto me han dado!

REFRAN

Don Pancracio Sangrefría
se jugó á la lotería
todo un caudal de dinero,
y fiado en que caía,
pidió un anticipo á Mero.
Más, ni un cuarto le tocó
y en muy grave situación
por su culpa, le dejó.
*Aventura un camarón
para coger un salmón.*

EPIGRAMAS

—Felicidades, Don Lino,
—Bienvenido el año entrante
si yo salgo de cesante.
—Y agarro yo algún destino.
A casa de un tal Manuel,
un primer día de Enero,
con una carta el casero
preguntando fué por él.
—¡Tanto honor no lo concibo:
venirme á felicitar!...
—¡Qué si le vengo á cobrar
la renta; aquí está el recibo.

Lo que trae el año actual

l. ñ. g.. mp. z. h. y
tr. d. c. m. s. s. c. mpl. t. s,
tr. pr. m. v. r. y v. r. n.,
tr. t. ñ. y tr. nv. rn.

(La solución en el próximo número)

BIBLIOGRAFÍA

El señor Presidente del Centro Moral
de la Buena Prensa de Encinas Reales
(Córdoba) nos participa en atento B. L.
M, que agradecemos, la inauguración de
las conferencias públicas Moral-Sociales,
tres cada mes) al objeto de ampliar los
limites de acción social de aquel impor-
tante Centro.

¡Buen ejemplo de actividad!

Han dejado establecido el cambio con
nosotros «Hojas sueltas» saladísima ho-
ja con caricaturas que á su cargo y re-
dacción tienen «Los Luises» de Madrid.
Son dignas de propagarse por to-
das partes.

Agradeciendo.

Correspondencia

administrativa

D. R. S. V.—Escovedo.—Accede á su
petición; abonará por el año 2 pesetas. Le
acusamos recibo de 150 pesetas por números
que se le mandaron.

D. J. M. Ruiz.—Madrid.—Abonada su
suscripción hasta fin de Septiembre de
1908.

D. S. T.—Villanueva y Geltrú.—Id. hasta
fin de Agosto.

D. N. A. de A.—Salvatierra.—Id. por todo
el año de 1908.

D. E. J.—Navarra.—Id. hasta fin de Marzo
1908.

D. R. V.—Madrid.—Id. hasta fin de Octu-
bre. 1908

EL AMIGO DEL POBRE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Por dos reales al mes, se reciben 10 núme-
ros cada diez días.

Por cada peseta de suscripción mensual, 20
números cada decena.

Incluidos gastos de correo, sin certificar.

Los encargos y suscripciones de la locali-
dad en el comercio «La Época» San Bernardo
23 y en la imprenta de «El Popular» Caba-
les 1.

La correspondencia de provincias al Di-
rector de «El Amigo del Pobre».—Gijón.

Observaciones

Repartiendo esta publicación gratuita-
mente por cárceles, hospitales, escuelas de
adultos y otros sitios públicos, advertimos á
los señores suscriptores, que si no quieren
más que un número, dejándonos los demás
que les corresponden para los fines expresa-
dos, serán religiosamente cumplidos sus de-
seos por nuestra parte, contando como con-
tamos con activos corresponsales.

Los pagos de fuera de la localidad, pueden
hacerse en libranza del giro mútuo ó en carta
con sellos de 0.15 de peseta ó de 0.25.

Imp. de «El Popular»